

Noticario

MEMORIAS DE LORD COCHRANE.

Lord Tomás Alejandro Cochrane, Conde de Dundonald, había heredado sin duda el espíritu aventurero de Cavedisch, Drake, Hawkins o Sharpe, especie de pájaros marinos sedientos de horizontes de guerras y suntuosos botines que deslumbraban a las gentes que los veían regresar en sus navíos con velas de púrpuras y exóticos tesoros que hablaban de remotas y fabulosas leyendas. Cochrane, nacido en Escocia en 1775, de rancia y noble familia, se vió envuelto en un proceso de fraude, por esos días en que alboreaba la independencia de los países de la América del Sur, y esta circunstancia determinó en parte, su curioso y singular destino.

Don José Alvarez, agente del Gobierno de Chile, le propuso venir a hacerse cargo del mando de la Escuadra de nuestro país, ofrecimiento que Cochrane aceptó sin vacilar. Era sin duda, un marino de gran experiencia a la que se unía un valor e intrepidez extraordinarios, de los que dió muestras en diversas acciones navales que, contribuyeron en forma eficaz y decisiva a desbaratar el poder de España en la costa del Pacífico, afianzando la libertad de estos países. La toma de la fragata Esmeralda junto a los fuertes del Callao y el asalto y toma de la plaza fuerte de Valdivia, demuestran hasta qué punto Cochrane tenía la pasta de esos grandes lobos de mar tan numerosos en la historia de Inglaterra.

La Editora Ercilla, en su Biblioteca Amauta que dirige Luis Alberto Sánchez, acaba de publicar las Memorias de Lord Tomás Cochrane. En ellas el Almirante explica las razones que tuvo para irse de Chile, a prestar sus servicios al Brasil, en donde tampoco sus ansias de aventuras quedan satisfechas, pues desde ese país se dirige a Grecia, para regresar finalmente a su patria que rehabilita su nombre y le permite terminar allí su existencia.

Estas Memorias, que se publican ahora por segunda vez en Chile, son de un gran interés, porque dejan ver muchos acontecimientos ocultos en los entretelones de la historia. Se manifiesta en ellas, Cochrane, como un hombre apasionado y posiblemente injusto en más de una ocasión. San Martín sale muy mal parado en estos juicios. Igual el Ministro Zenteno a quien presenta como un hombre envidioso y egoísta. Pero se advierte en sus propias apreciaciones que Cochrane era hombre voluntarioso y de excesivo orgullo. En la toma de la Esmeralda, por ejemplo, ni siquiera nombra a Guise, que tuvo en esa acción una actuación descollante. Si hemos de juzgar la opinión que se llevó Cochrane de los dirigentes chilenos, diremos que fué pésima. Creyó que las fallas de su carácter se debían a los defectos de la educación española, que estaba muy próxima a ellos. En cambio de los marineros y gente del pueblo, en general, habla con evidente simpatía. Al referirse a O'Higgins lo hace con respeto y gran aprecio a su seriedad y corrección. San Martín es para él, un hombre de ambiciones ilimitadas y de vanidad enfermiza, cuyos procedimientos siempre eran oscuros y tortuosos. A don Ramón Freire lo recuerda con simpatía y amistoso afecto.

Descontando el apasionamiento de sus juicios, hay sin duda en estas Memorias, elementos preciosos para la reconstrucción histórica de los hechos más sobresalientes en la época del nacimiento de la patria.

HITLER.

Curiosa es la manera como nos presenta la figura del caudillo alemán, el escritor francés Luis Bertrand, en esta obra publicada por Zig-Zag. Trata el autor de colocarse en todo momento en un terreno estricto de imparcialidad, de juicio sereno y ecuánime. Diríase a ratos que en el fondo anhela para su patria ese orden, esa disciplina, ese fervor místico que ve en Alemania, y que no puede dejar de comparar con el convulsionado espectáculo que presenta su país en todos los aspectos de su actividad ciudadana. Un desfile de 20,000 estandartes le deja una sensación formidable de fuerza, de decisión, de unidad racial, de unanimidad de aspiraciones y sentimientos. La representación de una ópera es algo que sobrepasa a lo fantástico, por su misticismo y el fervor hacia todo aquello en que existe una emoción que refleje el espíritu que anima a los ciudadanos del Tercer Reich.

Bertrand se queda perplejo cuando ve a Hitler frente a esas enormes multitudes que lo adoran como a un dios. El caudillo habla largas horas sobre cosas serias y fundamentales para la nueva Alemania. Pero lo dice con monotonía. Casi sin cambiar el tono de la voz. Sólo después de un largo período durante el cual el público espera pacientemente, Hitler se anima estallando en esos recursos de apasionada exaltación o de patetismos tan frecuentes en los oradores políticos y que en el presente caso las muchedumbres saludan con frenéticas y clamorosas ovaciones.

«En estos días de fiestas—dice Bertrand—una misma alegría burguesa parece confundir las categorías y las clases. Las cervecerías y los restaurantes reventan de gentes sentadas a las mesas, que vacían litros con cerveza y que se atorán con salchichas. Esta misma expansión se diría que es ordenada. No hay riñas, no hay tumultos, ni un grito o gesto discordante. Esta multitud plácida no se anima sino cuando se anuncia el paso

del Fuehrer. Se levanta súbitamente y se aprieta para verlo y aclamarlo.

«Por lo demás está en todas partes. Se muestra generosamente en coche descubierto. Está sin cesar en contacto con la masa popular, y no sólo responde a sus vítores, sino que le habla, le arenga todos los días y hasta varias veces en el día. No hay ceremonia ni reunión en la cual el Fuehrer no hable...

«A primera vista, pues, el Fuehrer aparece muy corriente. Pero si avanza hasta el borde del estrado para hablar, o si se pone en pie en su automóvil, para saludar a la multitud o a las milicias del Reich entonces es otro hombre; «ceñido por el relampagueo de los ojos fijos en él», se transfigura. Ante la Alemania que le aclama, se convierte en la Alemania misma; le devuelve su propia imagen transfigurada ella también, y magnífica. No es a él a quien se ve ya, sino a sesenta y cinco millones de hombres sacudidos por el regocijo de renacer, presa del vértigo de todas las grandezas y que se aclaman a sí mismos.

«Había allí algunos franceses que mirábamos con el corazón apretado, y, sin embargo, trastornados por la belleza de tal espectáculo. Y nos decíamos: ¿Por qué no hay nada parecido entre nosotros? Esta multitud, esta disciplina, esta unanimidad sobre todo, que da la idea de una fuerza invencible.

Es verdad. A Francia le hizo falta un poco de ese misticismo de que habla Bertrand. Si lo hubiera tenido no sentiríamos la pena de verla pasando por tan terribles humillaciones. Por tan dura prueba.

* * *

Lautaro Robles ha publicado recientemente en Valparaíso (Editorial Acento) sus «Poemas Blancos». Una sensibilidad inquietada por esos vientos que van en todas y distintas direcciones, se advierte desde el primer momento en estos poemas. La imagen como una mariposa que nace y vive nutriéndose en

el afán de sorprender con expresiones originales no siempre novedosas y de buen gusto, pero que tratan de serlo, revoletan en las páginas de estos «Poemas Blancos». Es posible que esta nueva sensibilidad llegue un día a reflejarse en la nuestra, así como la flor que se inclina sobre el agua clara. Pero es necesario confesar por el momento, que cuesta amoldarse a estas fórmulas poéticas. Son cientos de años los que vivimos aferrados a un concepto estético tan distinto, que ya es como tratar de conformarnos la mente de otro modo, para poder sentir esa vibración honda que seguramente experimentan los que cultivan esta clase de poesía.

Lautaro Robles, nos da una sensación de hombre que puede decir las cosas con mayor claridad, y en esa expresión poética que ahora comienza a considerarse anticuado. Hay soltura y desenfado para iniciar el verso. Pero ya en la mitad de la estrofa, la idea se pierde o se estrangula en maromas que nos quedan oscilando en el cerebro. La eufonía de las palabras no acarician el oído, la pureza clásica del pensamiento expresado con prístina donosura, es según el nuevo concepto lo vulgar. ¿Será verdad todo esto? Y entonces ¿en qué quedan las leyes de la armonía, del color, de la gracia, de la finura o de la delicadeza? Nos parecen más bien bizarras incursiones buscando nuevos caminos. Es sin duda un noble afán. Denota fervor, ilusión y audacia en la expresión artística aunque por de pronto no nos conmueva:

Ayer hemos visto al crepúsculo
el regreso a su tienda del caballero de la tarde.
Sus tentáculos de bruma y recuerdo
se han perdido arriba del piano:
flechándonos sus luceros pardos
hurgándonos la tontera sin remedio.
Así, desde lejos, te he apretado las manos.

Esta noche hay forasteros tropicales
y la Choncho aceza en el chiribitil de arriba
tal cuando visité su villorio de jergón indefinible,
sus muslos contraídos a la condescendencia
su afán de encender lumbre en la casona vieja.

No es muy blanco este poema. Pero se entiende. Aunque en estos días apresurados no hay tiempo para meditar largamente en el oculto sentido del arte, es interesante el intento.

ANTONIO ROMERA, CONFERENCIANTE.

En el Salón de Honor de la Universidad de Concepción, el público de esa ciudad, amante de la cultura, ha tenido oportunidad de oír a este joven artista español, disertar acerca de la moderna pintura europea. Es una voz nueva en ese ambiente en el cual se advierte, cada vez más acentuado, interés y curiosidad por los problemas del espíritu.

Romera, hombre fino y de superior cultura demostró ampliamente sus conocimientos del tema que allí abordó con perfecto dominio en sus diferentes fases de técnica, influjos, color, etc., que predominan en el arte pictórico moderno. La amabilidad y sencillez en su exposición, así como la agudeza de sus juicios y su don plástico para poner de relieve las distintas características de la pintura europea, dieron a sus conferencias un especial carácter de acontecimiento artístico que ha destacado el nombre de Antonio Romera, en el ambiente intelectual de Concepción.

VÍSPERA EN LLAMAS.

Con este libro, lírica tarjeta de presentación, se presenta Víctor Castro a explicarnos su ensueño y su inquietud poética. Julio Barrenechea lo saluda en el prólogo con bellas palabras:

«El nos ha entregado su fresca conquista y con ello una nueva revelación. Sus originales se han desplegado ante nuestros ojos como los decorados de un país maravilloso. Ese país que los poetas que extienden sus sentidos, logran encontrar más allá de la dura corteza del mundo».

Viene bien recomendado Castro. Y ojalá que no sea uno más, perdido en el tumulto de voces que no logran imponerse.